

DELEGACIÓN DE PASTORAL DE LA SALUD
DIÓCESIS DE VIZCAYA



"Llamados a curar como Jesús"

*María Victoria Irigaray Bergara
Bilbao, 13 de Enero de 2004*

1.- INTRODUCCIÓN

Jesús nuestro Maestro

Siempre cuesta poner un título a un encuentro o una conferencia, es necesario "poner a punto" el corazón y la mente antes de comenzar a escribir o a hablar. De qué hablaros? Cómo mi aportación de esta tarde puede seros de ayuda en vuestra labor pastoral junto al que sufre. Creo que lo mejor será dar continuidad a nuestro encuentro del mes de Noviembre, entonces hablábamos del enfermo, escuchábamos a Juan decirnos sus necesidades y deseos, lo que él esperaba de nuestras visitas y encuentros. Hoy, en esta tarde, quiero invitaros a reflexionar juntos sobre nuestro ser en nuestra labor pastoral. Detenernos, centrarnos, en algunas de las actitudes que como agentes de pastoral de la salud, humildemente creo que deberían caracterizarnos. En el mes de noviembre tomábamos conciencia de ser "llamados y enviados a ser sus pies, sus manos, sus gestos y sus palabras. Llamados y enviados a ser como El: descanso en el cansancio, certeza en la duda, fuerza en la debilidad, sostén en el abatimiento, ternura y presencia en la soledad, esperanza en la oscuridad y salud en la enfermedad". El título de nuestro encuentro de hoy es: "Llamados a curar como Jesús": No se trata por tanto de curar a nuestra manera, según lo que nos parezca oportuno en cada momento, sino que somos llamados e invitados a ser portadores de la curación que Jesús ofrecía y nos ofrece hoy. Somos llamados e invitados a ser fiel reflejo de la misión sanadora de Jesús..

Tenemos que volver nuestros ojos hacia el Maestro, para descubrir los rasgos que caracterizan e identifican su misión. Mirarnos en El y pedirle que nos transforme, que nos convierta en sanadores como El. ¿Cuáles son las señas de identidad en la misión del Maestro? ¿Qué actitudes vive Jesús en su actividad sanadora? Antes de centrarnos en la figura de Jesús quisiera que nos pusiéramos de acuerdo en lo que entendemos por actitud. Una actitud es la manera de posicionarnos de cada uno de nosotros ante los acontecimientos que suceden en nuestras vidas y en nuestro entorno más o menos cercano. Una actitud se traduce en gestos, en palabras, en modos de comportarse. Detrás de cada actitud se esconde un valor, por eso me atrevo a decir que nuestras actitudes nos definen como personas y, por supuesto, como agentes de pastoral. Como bien podréis comprender una actitud no es algo neutro, inamovible, sino que está a merced, por ejemplo, de nuestro estado de ánimo, de nuestras necesidades cubiertas o no cubiertas, de nuestras esperanza, frustraciones, ilusiones y deseos. Evidentemente no podemos ver durante este encuentro todas y cada una de las actitudes que como agentes de pastoral siento que nos deberían caracterizar. Por eso, en

esta tarde, con vuestro permiso, simplemente me detendré en aquellas que considero que inciden con mayor fuerza en nuestra labor pastoral y, por tanto, más repercusión tienen en la persona del enfermo que, en definitiva, es quien más nos preocupa.

2.- JESÚS EN SU MISIÓN

El regalo de Dios en Jesús

Si aspiramos a ser fiel reflejo de Jesús, primeramente es necesario que analicemos el actuar de Jesús, el modo de sanar de Jesús, la oferta sanadora de Jesús.

Tenemos que empezar diciendo que la esencia del mensaje cristiano no es simplemente la concesión de la salud, sino que es la salvación que Dios nos concede mediante su gracia a través de Jesús. El mero hecho de creer es signo de salud; creer es sano y saludable porque nos libera en profundidad, más allá de los males del cuerpo, allí donde nos jugamos nuestro modo único de percibir y de vivir aquella enfermedad que la ciencia no es capaz de eliminar de nuestro cuerpo.

Dios quiere regalarnos, y nos regala la salud completa, esto significa nuestra salud biológica, -todas las enfermedades que nos afectan- y también nuestra salud biográfica- aquella que hace referencia a nuestra historia personal. Dios nos ofrece salud integral, la salud de toda nuestra persona, la salud de nuestro cuerpo y la salud de nuestro espíritu. Dios en Jesús nos invita a recorrer un camino cuya meta es nuestro ser en plenitud. El no nos da la salud sin más sino que ésta es una experiencia a conquistar, un aprendizaje a realizar, una dinámica de vida, un modo de vivir conscientemente y de manera integradora todo lo que acontece en nuestra vida. Vivir sana y saludablemente no supone solamente la salud del cuerpo, la ausencia de cualquier tipo de discapacidad física o psíquica; sino que supone aprender a vivir con los límites de nuestro físico; ser capaces de relacionarnos amablemente con nuestra propia verdad externa e interna; ser dueños de nosotros mismos, de nuestra verdad más profunda y única.

La salud que Dios nos ofrece a través de Jesús es nuestra libertad más profunda: supone capacitarnos y hacernos dueños de nuestra propia historia: de aquella parte que nos produce dolor, de la historia presente que nos resulta a veces difícil de vivir y de esa historia futura no exenta de dificultades y sinsabores.

Jesús sanador

Jesús se presenta como un sanador diferente de cuantos le precedieron y de cuantos después se han dedicado a la actividad médica. Los cuatro evangelistas nos presentan a un Jesús distinto, un Jesús que resulta totalmente novedoso en su actividad, en su manera de curar, pero sobre todo en el alcance de su poder curativo. Dejarse curar por Jesús supone estar dispuesto a nacer de nuevo, a convertirse radicalmente, a ser un hombre nuevo a semejanza de Cristo, viviendo sus mismos sentimientos y actitudes.

A Jesús le preocupan los males internos, los que nos convierten en esclavos, los que nos deshumanizan, los que nos impiden ser felices y vivir en libertad. Jesús, mientras vivía entre nosotros, se dedicaba a curar, a evitar toda forma de mal, no podía soportar el sufrimiento de sus hermanos. Al ciego le devolvió la vista, al paralítico le ayudó a caminar de nuevo, a la hemorroisa le curó de su enfermedad; a los endemoniados les dio la paz y a los leprosos les reintegró en su comunidad. Jesús no quiere nuestro sufrimiento, se afana por evitar todo tipo de mal, lucha contra la enfermedad y el dolor que oprime a sus hermanos. Jesús ofrece salud, tan sólo es necesario creer en él, abrirse a su acción sanadora, dejarse tocar por él, desear recibir la vida que él nos da. La acción sanadora de Jesús no sólo tiene en cuenta al hombre sino que se introduce en su historia alcanza la profundidad del ser, recorre su trayectoria de vida y pide fe en él. Jesús ofrece la sanación nunca la impone, quien la recibe tiene que desear recibirla. Nuestras carencias, nuestro deseo de curación despiertan la actividad sanadora de Jesús. Sin un corazón despierto, dispuesto a recibirlo Jesús no tiene nada que hacer.

El Señor nos urge a ofrecer la misma salud que Cristo. Por eso en nuestra actividad pastoral tenemos que tratar de eliminar toda forma de dolor: sufrimiento físico y sufrimiento moral. "La salud, el bienestar, ha de seguir siendo uno de los signos privilegiados de la presencia del Reino en el mundo". Es importante que quienes nos dedicamos o pretendemos promover la salud en nombre de Dios lo hagamos con su mismo estilo y sus mismas actitudes. Esto supone implicar al enfermo en su propio proceso terapéutico, suscitar y despertar todas sus posibilidades sanas y sanadoras; cuidarle y mimarle en toda su integridad: su cuerpo, su mente, su corazón, su tejido relacional, su espíritu. No olvidarnos nunca de ir a lo más profundo de la persona, allí donde, como decíamos antes, nos jugamos nuestro modo de vivir la enfermedad y la salud.

3. NUESTRAS ACTITUDES

Con el corazón abierto

"Hospital" significa "hospedar", brindar acogida. En nuestros encuentros con los enfermos tenemos que mimar de manera muy especial la acogida. Es muy importante que el enfermo se sienta acogido y para eso tenemos que acogerle de verdad. Abrir de par en par las puertas de nuestro corazón y dejarle entrar, ofrecerle hospedaje, un espacio donde se sienta cómodo, relajado y aceptado. Un lugar donde ser alguien importante. No me refiero solamente a un lugar físico, -que también tendremos que velar para que sea agradable y cálido-, sino un lugar vital donde el enfermo si quiere pueda expresar con toda libertad su mundo interior. Acoger supone desear que el enfermo entre a formar parte de nuestra historia, hacerle un espacio en nuestro interior para que él pueda acampar a sus anchas. En ese espacio no puede haber juicios, prisas, "peros"; sólo hay lugar para la aceptación incondicional, una aceptación integral del enfermo. Aceptarle como se nos presenta, con su modo de vestir, de hablar, de comportarse. Acogerle tal y como se nos manifiesta sin pretender transformarlo a nuestro gusto. Acogerle incluso cuando sus conductas no nos resultan agradables. Acoger no significa aprobar cualquier conducta del enfermo, no supone una ausencia de criterio o escala de valores personal; acoger significa aceptar al otro con su historia real y tratar de suscitar su crecimiento personal.

Ser hospitalarios significa evitar cualquier tipo de barrera, de distancia, supone hacernos vulnerables ante la presencia y la realidad profunda de quien sufre. Si nos abrimos de par en par para acoger, probablemente el enfermo acepte nuestra invitación y entrando con sus heridas despierte las nuestras. Acoger significa estar dispuestos a sufrir, a dejarnos interpelar por la realidad profunda del otro. Acoger significa abrirse y esperar, sin prisas, sin juicio, sin "peros". Acoger significa estar dispuesto a quedarnos sin palabras, sin respuestas porque sólo cuando dejamos que el dolor del enfermo nos duela es cuando descubrimos que no hay nada que decir y que tan sólo podemos estar y acompañar.

Considero que saber acoger profundamente al otro es una manera de brindar la salud que Cristo nos da. Jesús era un hombre acogedor, él no ponía barreras para protegerse de la realidad profunda de las personas. El vivía abierto ante la realidad de su tiempo, ante el dolor y el sufrimiento de sus hermanos. Quien quería podía acercarse a él pedirle la curación. Jesús no pone condiciones a la hora de curar, como ya hemos dicho, la única

condición es desear ser curado por él. No importaba ni la forma de vestir, ni la clase social, ni los comportamientos, ni las maneras de hablar; sólo creer y confiar en él es suficiente para recibir la sanación profunda que Jesús nos brinda. El nos invita como agentes a desprendernos de todos nuestros prejuicios, a derribar una a una las barreras que levantamos y que impiden que el enfermo pueda sentirse acogido y aceptado. Jesús nos urge a dejarnos transformar el corazón y abrimos de par en par ante el dolor ajeno. Esta es una de las invitaciones que hoy nos hace Jesús.

Confiar en el enfermo

Supongo que otra de las invitaciones de Jesús es a cambiar de mirada. La salud de los ojos depende sobre todo del modo de ver, de mirar, porque hay quienes mirando no saben ver. Colocarnos los ojos de Dios, mirar con su mirada, percibir al enfermo como sólo Dios lo percibe. Cuando el Señor nos mira nos reconoce por dentro, su mirada alcanza la profundidad de nuestro ser. Sólo El conoce nuestras tentaciones, nuestras intenciones más profundas, nuestras debilidades, nuestras potencialidades, recursos y posibilidades. Saber mirar es saber amar; la mirada de Dios nos restituye, nos salva.

Llamados a reeducar, educar de nuevo, nuestro modo de mirar. La enfermedad supone debilidad, vulnerabilidad, fragilidad, temor, inseguridad. Cuando uno enferma la vida se detiene, todo ha cambiado y a menudo la capacidad de valorar la propia realidad disminuye o desaparece. No es posible ver lo positivo, descubrir la posibilidad; hay momentos en los que el enfermo sólo es enfermo, además el entorno en el que se encuentra, las personas que le rodean, personal sanitario, familiares, voluntarios, sin saberlo ni desearlo, aumentan este sentimiento de autominusvaloración. De ahí que una de nuestras más importantes tareas sea saber ver, percibir, captar los recursos que el enfermo esconde. Despertar el lado sano de quien sufre. Estimular la salud en medio de la enfermedad, transmitir confianza, convencer a quien sufre que puede hacer el camino, que en él existen muchas posibilidades y dones.

Esta mirada sanadora no nos brota espontáneamente. Tristemente estamos más adiestrados, por cultura o educación, a ver enseguida lo negativo, la deficiencia, la discapacidad. Muchos de nosotros vemos lo negro, lo que nos parece a primera vista que no es posible. Adiestramos para cambiar nuestro modo de mirar, pedirle al Señor que nos contagie y transmita su saber mirarnos. Al estilo de Jesús nuestra mirada también tiene que sanar, posibilitar, reconstituir el corazón y el cuerpo enfermo. Olvidarnos de lo negativo para centrarnos en lo positivo, en lo bueno y

posibilitador de cada uno. Ofrecer flores en forma de piropos a quien está sufriendo es sanador. El enfermo sumergido en la debilidad descubre las posibilidades que le habitan y la fuerza que transmite nuestra visión positiva le ayuda a confiar en sí mismo y ponerse en marcha.

Con fa delicadeza de amar

Pero amigos, sólo con amor y desde el amor podremos acoger y confiar en el enfermo. Todos sabemos por experiencia que el amor es lo más reconfortante en la vida. Con cuanta más razón uno necesita de ese amor cuando se siente pequeño e indefenso! El enfermo a quien vamos a visitar es vulnerable y necesita tanto recuperar la salud perdida como ser tratado con delicadeza. San Camilo pedía y recordaba sin cesar a los suyos que pusieran "más amor en sus manos". Tenemos que crear en nuestras visitas, con nuestras palabras, con nuestro tono, con nuestros gestos, con nuestro cuerpo un espacio cálido, delicado y tierno.

Movernos delicadamente en la habitación del enfermo, quiere decir respetar el dolor del otro, su manera de vivirlo y manifestarlo. Ser delicados con el proceso y ritmo de quien está sufriendo. Ser conscientes del carácter sagrado del enfermo, recordadlo qué decíamos en noviembre, y actuar de "puntillas", pidiendo permiso, agradeciendo lo que se nos ofrece. La delicadeza del amor supone suavidad, ternura, consuelo, ánimo, fortaleza, esperanza, etc... Ayudar al enfermo en lo que necesita sin sustituirle, es decir sin hacer por él lo que él mismo puede hacer. Se trata de caminar con el enfermo no en lugar del enfermo. Ponernos junto a él sin molestar, con la mano tendida pero no impuesta, participando en su camino, compartiendo sus deseos y esperanzas, sin hacernos ver pero dejándonos sentir.

Cuando los evangelistas desean transmitirnos la actividad sanadora de Jesús, en ningún momento utilizan verbos como forzar, imponer, obligar, entorpecer. Si leemos detenidamente todo el Nuevo Testamento descubrimos la suavidad con que Jesús actúa. El Señor se acerca, ofrece, mira atentamente, consuela, llora, perdona, alienta, infunde esperanza, reconforta, transforma, envía... Actuemos como Jesús nuestro Maestro y seremos portadores de la Buena Noticia de la salud.

Signos de esperanza cristiana

"Para Dios nada es imposible", así lo creemos y manifestamos. Esto no quiere decir que Dios sea una especie de varita mágica que podamos utilizar a nuestro antojo, aunque tengamos que reconocer que a veces

caemos en esta tentación. Dios es nuestra posibilidad, sólo El puede posibilitar nuestra plenitud aun en medio de esa enfermedad que la ciencia no puede curar. Estamos llamados a ser signos vivos de la plenitud que Dios nos ofrece.

Este regalo de Dios tampoco supone una gracia tumbativa aunque el Señor pueda, como lo hizo con Pablo, regalársela a quien El desee. Se trata más bien de un camino, de un proceso que requiere nuestro esfuerzo y tesón. Será necesario vivir siendo conscientes de la presencia de Dios en nuestra vida, saber que vivimos bajo su amorosa mirada. Dejarnos, en primer lugar, diagnosticar por El, aceptar con paz nuestra verdad y abandonarnos con confianza en sus brazos. Pedirle al Señor que nos ayude a ver y a amar nuestras sombras y heridas; reconocer nuestras ataduras personales y también las colectivas o comunitarias. Con la gracia del Señor ir realizando un proceso de integración y aceptación de nuestra pequeña verdad, sólo grande a los ojos de Dios. Vivir amando nuestra verdad, reconociendo nuestra posibilidad justamente en nuestra debilidad, en aquello que más nos duele. Nuestra piedra de toque a menudo es también nuestro trampolín.

Este mismo camino tenemos que ofrecer a quien está sufriendo, primero tenemos que recorrerlo nosotros para ser conscientes de lo que supone, después ayudar al enfermo. Vivir en libertad bajo el yugo de la dificultad o de la enfermedad, es posible sólo con la gracia de Dios. El siempre está dispuesto a concedérsela tan sólo tenemos que abrirnos para recibirla. La libertad interior es un signo de esperanza cristiana. Desear que el Señor nos abra a una nueva existencia, dejarnos seducir por su amor transformante, curar nuestro mundo interior, sanar nuestro modo personal de relacionarnos con todo lo que nos habita y descubrir que por encima de todo está Dios derrochando amor y posibilidad.

Jesús en su ministerio siempre nos mostró el rostro de un Dios apasionado por el hombre, por la vida y la salud. Jesús nos dice que Dios quiere nuestra felicidad también en medio de las preguntas y la sed del ser humano. Aprender a convivir con el sin sentido, hacernos amigos de unos inquilinos tan incómodos e indeseados como son el dolor, el sufrimiento y la muerte. No empeñarnos en explicar todo lo que nos sucede, vivir la certeza de que Dios guarda en su corazón el sentido profundo de cuanto nos acontece. Personalmente estoy convencida de que esta será nuestra resurrección: captar desde el corazón del Padre nuestra historia y comprender que "todo era bueno", así viviremos toda la eternidad en un continuo agradecimiento. Una misión importante que tenemos como agentes de pastoral es transmitir confianza en los designios salvadores de Dios, creer y transmitir certeza de que sus planes son los mejores, aunque no los podamos entender, aunque

nos cueste aceptarlos. En definitiva se trata de contagiar la paz de Dios en medio de la tempestad. Paz que tenemos que conquistar pero paz que es puro don y gratuidad.

4. CONCLUSIÓN

Amigos. Para nosotros, creyentes en Jesús, salud es aceptar el plan de Dios en nuestra vida, ser fieles a su voluntad recorriendo el camino que nos conduce a nuestra plenitud. Os recuerdo que decíamos que plenitud significa acogernos a nosotros mismos, habitar amablemente con nuestro mundo interior, reconciliarnos con nuestras sombras y heridas y no perder la paz que Dios nos da a pesar de las tempestades. Es la salud que Dios nos ofrece es la forma de curar de Jesús. No nos olvidemos: salud es camino y don, es fuerza y gratuidad, es cansancio y descanso, muerte y vida.

Antes de despedirme, permitidme que me atreva a enviaros en el nombre del Señor como heraldos de la Buena Noticia de la Salud. Portadores de la presencia sanadora de Dios, mensajeros de la esperanza y la paz interior. El Maestro nos envía junto al que sufre, él nos necesita para seguir liberando y sanando.

Buenas tardes a todos y feliz misión.
Ma Victoria Irigaray Bergara